

sianas llevaban la ventaja del número, de la precisión y del alcance; además nuestros fuegos eran divergentes, al paso que los del enemigo convergían todos en el reducido espacio en que todavía nos sosteníamos. Sirvientes, conductores y caballos sucumben, no obstante lo cual los sobrevivientes se obstinan con un valor que ante nada cede; las cajas de municiones estallan hiriendo ó matando á aquellos á quienes los proyectiles enemigos han respetado; y muy pronto las baterías desmontadas son reducidas al silencio. El único resultado de aquel esfuerzo ha sido retardar un poco el avance de las tropas prusianas que ya se disponían á escalar las vertientes de las colinas.

En el entretanto, la división Dumont, enviada, como hemos dicho, por Douay en socorro del 12.º cuerpo, había sido atacada al Sur del bosque de la Garenne por las granadas lanzadas desde las alturas que se elevan sobre Givonne y Daigny; quebrantada por este fuego, habíase en parte refugiado en el bosque, y retrocediendo hacia el Norte, habíase mezclado confusamente con los soldados del 1.º cuerpo. Douay sale al encuentro de su división, trata de reconstituir aquellas masas desordenadas, las reúne, las anima y las conduce hacia el Calvario. La columna avanza al principio muy resueltamente, pero luego, ante el fuego terrible, cede y se desborda; Douay corre hacia los que huyen y se esfuerza por reorganizarlos; en torno suyo se agrupan los generales Renson, Dumont, Liegeard, Doutrelaine, entre todos los cuales consiguen reunir dos ó tres batallones, y utilizando todas las sinuosidades del terreno, caminando detrás de un seto que por un instante los oculta, logran llevar á aquellos hombres hasta la cumbre de la meseta. La poca artillería que aún queda se sacrifica para preparar y sostener el ataque; pero el esfuerzo es inútil y todos, artilleros é infantes, se ven obligados á retroceder.

Quedaba la caballería. Margueritte, con sus cazadores, permanecía en el barranco que, al Sur de la meseta de Illy, descende hacia Floing; Ducrot llegóse á él, y exponiéndole el gran acto de abnegación que el ejército esperaba de su valor, le dijo: «Vais á cargar contra las tropas prusianas hacia Floing, después de lo cual, mediante un movimiento general á la derecha, daréis la vuelta para coger de flanco las líneas enemigas.» La única esperanza, muy débil por cierto, era que la infantería, cobrando nuevos ánimos, se abriera paso en el surco que la caballería le había preparado.

Margueritte, subiendo por encima del barranco, dirigióse al Calvario, y cuando estuvo cerca de éste se detuvo y reconoció el terreno; mas habiendo prolongado su exploración, con desprecio absoluto de todo peligro, alcanzóle una bala que le atravesó las mejillas y la lengua, causándole una terrible herida. Cuando reapareció ante sus escuadrones, su ayudante le sostenía en su caballo y la sangre que manaba de la herida goteaba sobre su levita; no podía hablar y sus labios sólo exhalaron algunos sonidos roncós. Con un gesto señaló al enemigo, y al ver á éste, un estremecimiento de cólera y de venganza recorrió las filas, y oficiales y soldados, dispuestos á lanzar sus caballos, gritaban: «¡Adelante!, ¡adelante! (1)»

(1) Relato de un oficial de órdenes del general Ducrot (*Vie et correspondance du general Ducrot*, tomo II, pág. 416).

Los prusianos comenzaban á escalar las alturas que hay encima de Floing, y Ducrot, que se había alejado, volvió adonde estaba la división, exclamando: «No hay un momento que perder.» Pero el fuego de la batalla había diezmando á la valerosa caballería; Margueritte acababa de ser herido mortalmente; y el general Tiliard, general de brigada, por la mañana había sido partido en dos pedazos por una bala de cañón en el lindero del bosque de la Garenne. Aparte de los coroneles, no quedaba más que el general de Galliffet, ascendido la antevíspera y no posesionado todavía de su nuevo grado: á él confió Ducrot la dirección de la carga, cuando ya Margueritte moribundo le había designado con un ademán como sucesor suyo; á él estaba reservado el honor de presidir el supremo esfuerzo (2).

A la derecha estaban el 3.º y el 1.º de cazadores de África; á la izquierda, la primera brigada al mando del coronel Beaufremont, es decir, el 1.º de húsares, y detrás el 6.º de cazadores, y seguía después una porción del 4.º de cazadores de África. La dirección que debía tomarse era la de Floing y el Mosa. El coronel Beaufremont fué avisado directamente por uno de los oficiales de Ducrot. Después Galliffet se puso al frente de sus tropas, y al pasar por entre un grupo de oficiales, les dijo: «Es probable que no volvamos á vernos; me despido de vosotros.» Dióse el toque de carga, repitieron las voces de mando, y los escuadrones se lanzaron al galope de sus caballos árabes.

Todo había de volverse en contra nuestra: las granadas de las baterías prusianas nos alcanzaban de flanco, y el terreno mismo era muy desfavorable porque en vez de descender suavemente hacia el Mosa descendía en resaltos bruscos, en sucesivos escalones casi cortados á pico, en donde se despeñarían caballos y jinetes; pero ni el fuego de las baterías ni los obstáculos del suelo detienen el impetuoso impulso. ¿Quién es capaz de describir (ni aun los mismos actores) el choque que entonces se produjo? Cazadores de África, húsares y cazadores caen sobre las primeras líneas enemigas y logran romperlas en muchos puntos; detrás de éstas, los batallones prusianos ora se parapetan detrás de los setos ó de las zanjas, ora se agrupan en descubierto y acribillan á balazos á los asaltantes; éstos se arremolinan y retroceden, y después de avanzar de nuevo, caen ametrallados, se estrellan contra las bayonetas y ruedan desde lo alto de los taludes. Mientras la mayoría de los sobrevivientes se ven obligados á emprender la retirada, algunos, arrastrados por el impulso tomado, llegan hasta el Sur de Floing, se arrojan sobre una batería y acuchillan á los sirvientes de los cañones. A la división ligera se han unido en el entretanto, excitados por una gloriosa emulación de valor, algunos escuadrones sueltos, lanceros de la división Fenelón y coraceros de la división Bonnemains. En las laderas y alrededor de Floing trábanse confusas refriegas, empeñadas al azar, sin resultado y sin esperanza, pero heroicas: algunos lanceros, cayendo sobre el 83.º prusiano, piso-

(2) Véase *Vie et correspondance du general Ducrot*, tomo II, página 416. — Relato del general de Galliffet (*Revue historique*, enero-febrero de 1885). — Cartas del comandante Reverony, 13 de octubre de 1884; cartas del coronel Faverot de Kerbrech, 14 de octubre de 1884 (Lebrun, *Basailles, Sedan*, páginas 299 y siguientes).

ean á los tiradores y se arrojan luego sobre el grueso del regimiento que por todos lados los fusila, dejándolos reducidos á un número insignificante; varios coraceros llegan hasta Gaulier, se aventuran por los prados del Mosa, se lanzan contra Floing, y luego, en medio de una lluvia de balas, prosiguen su carrera hasta Saint-Albert y hasta la inflexión del Mosa, en donde por un momento siembran el espanto entre las retaguardias sorprendidas y los convoyes aterrados.

Ducrot había observado la carga desde lo alto de la meseta, y cuando vió regresar á los cazadores y á los húsares diezmos, pero no abatidos, mandó que se repitiera la tentativa: «Un esfuerzo más, dijo al general de Galliffet; si todo está perdido, que sea para el honor de las armas.—Todo lo que queráis, mi general, mientras quede uno,» respondió Galliffet.

Las fuerzas que habían sobrevivido á la primera carga lanzáronse á cargar de nuevo. Ducrot trataba de arrastrar á las tropas de á pie en pos de la caballería, en el momento en que llegaba precisamente la división Pellé que, como se recordará, regresaba á la meseta. Ducrot se dirige á los soldados diciéndoles: «¡Adelante, hijos míos; á la bayoneta!» Pero su excitación es desoída (1). En el entretanto, los cazadores llegaban una vez más hasta las líneas prusianas, despreciando como antes la muerte y aun el mismo destino; pero sólo algunos jinetes, entre ellos el coronel, lograron romper las primeras filas. La admiración se había apoderado de nuestros propios enemigos de tal manera que, cuando Galliffet retrocedió con los restos de su brigada, los soldados del regimiento de Nassau, en vez de disparar, suspendieron el fuego. Los oficiales franceses saludaron gritando: «¡Viva el emperador!» y los oficiales alemanes les devolvieron el saludo (2); este rasgo caballeresco aparece como único casi en la historia de la siniestra guerra. Desde la colina de la Marfée, el rey Guillermo, con ayuda de su antejo, había podido distinguir á los jinetes con sus uniformes de brillantes colores, perdidos entre las oscuras masas de la infantería alemana, y había exclamado con celosa admiración: «¡Ah, qué valientes!» Este homenaje, salido de los labios de un enemigo, consagrará para siempre la gran proeza.

Dios, que todavía nos concedía esta gloria, nos había negado la salvación. En efecto, todo había de hundirse para nosotros. En el bosque de la Garenne, que se extendía al Sur de la meseta, habíanse escondido desde por la mañana los primeros fugitivos, y á sus espaldas afluyeron en indescriptible desorden todos los que habían sido valientes hasta entonces, pero que, habiendo llegado al límite de las fuerzas humanas, cedían al instinto sobreexcitado de conservación. En un instante el bosque se llenó de todos los restos de la derrota, piezas de artillería, furgones rotos, carros, tiros sin conductores, heridos, infantes y artilleros aislados; y hacia los oquedales, como hacia un refugio salvador, se encaminaban al galope de sus pequeños caballos árabes los jinetes de la división Margueritte, que momentos antes habían sido héroes y ahora volvían á ser

(1) *Souvenirs du commandant Faverot de Kerbrech* (Ducrot, *Sedan*, pág. 142).

(2) Relato de un ex ayudante del general Ducrot (*Vie militaire du general Ducrot*, tomo II, pág. 419).

hombres, y que habían perdido más de 700 sargentos, cabos y soldados y 75 oficiales, es decir, la tercera parte de su efectivo (3). Ninguna instrucción se había dado para la retirada; no había más que un lamentable fraccionamiento de todas las fuerzas que la derrota había disgregado. Faltos de toda dirección, unos vagaban al azar ó corrían desatinadamente hacia la ciudad; otros se interrogaban mutuamente, se informaban de los caminos, y no bien penetrados aún de la magnitud de su infortunio, hablaban todavía de evadirse por Bélgica. Al Norte y al Oeste oíanse de cuando en cuando vio-



El general de Galliffet

lentas descargas; allí, al Sur de Illy y hacia Floing, algunos mermados batallones prolongaban la lucha con una tenacidad más fuerte que la muerte. Por el lado de Cazal, la valiente división Liebert disputaba aún los cercados y las casas y se replegaba en un orden casi regular que contrastaba con la desbandada general: eran los últimos esfuerzos de una resistencia que se extinguía. Los lugares que ofrecían algún abrigo se llenaban de fugitivos; pero quedaba todavía algún sitio en donde refugiarse? En el bosque de la Garenne, hasta entonces algo menos expuesto, caían ya los proyectiles de la guardia y los de los sajones, y los soldados desatinados tendíanse en el suelo, amparábanse detrás de los árboles y se acurrucaban en las cavidades. Nuevas baterías que á cada momento iban llegando dirigían sus tiros hacia todos los puntos en donde se sospechaba que había tropas en marcha, ó hacia allí en donde, al través de los claros, se distinguía el llamativo color de los pantalones encarnados. No eran más que las dos y media, y el aire, de una pureza sin igual, y el sol, no velado por ninguna niebla, permitían asegurar los tiros.

(3) Relato del general de Galliffet (*Revue historique*, enero-febrero de 1885).

Muy pronto los artilleros enemigos, repartiéndose el trabajo, se distribuyeron las partes del soto, como en una corta se reparten los compradores los lotes de bosques, y cada batería, con su radio de acción propio, ejecutó con metódica regularidad su mortífera tarea. Jamás se sabrá cuántas angustias y maldiciones, cuántos dolores y agonías se ocultaron aquel día en el bello y umbroso bosque que sirve de paseo ordinario á los pacíficos sedaneses. Cuando la artillería hubo preparado el terreno, las tropas de la guardia atacaron por todos lados la espesura; en uno de los claros de ésta habíase incendiado la vasta granja de Querimont, y las llamas que subían rectas en aquella tranquila atmósfera, servían para guiar á los asaltantes. Por grandes grupos caían los prisioneros en poder de los prusianos; sin embargo, al verse enfrente del enemigo algunos se reanimaron, y muchos soldados de todos los cuerpos y de todas las armas, mezclados y confundidos á las órdenes de jefes improvisados, empuñaron de nuevo sus fusiles. En el lindero del bosque, en el *Vieux-Camp*, detrás de las casas de tablas y de las vallas de los jardines hubo aún obstinadas descargas y choques desesperados; pero la batalla, la verdadera batalla, estaba decididamente perdida, y el torrente de los fugitivos, hostilizado por todos lados por el fuego de 400 cañones, descendía confusamente hacia Sedán.

X

Durante la noche del 31 de agosto al 1.º de septiembre un insomnio lleno de terror había tenido despiertos á los habitantes de Sedán. Antes de que amaneciera, habían retumbado por la parte del Sur los cañonazos, aunque algo amortiguados por la altura de las murallas, y al despuntar el día algunas personas abandonaron furtivamente la ciudad engrosando la emigración hacia Bouillon. Poco después se habían introducido en la plaza varios soldados evadidos de la batalla; á las nueve, las detonaciones eran más frecuentes y más fuertes y ya no procedían sólo del Sur, sino también del Norte, del Este, de todas partes; y al poco rato comenzaron á llegar los heridos, cuyo número era al mediodía tan grande que no podían contarse.

A las once y media había entrado en la ciudad por el *fond de Givonne* el triste y suntuoso cortejo del emperador. Durante cuatro horas el monarca había vagado por el campo de batalla, presentándose en los sitios más peligrosos sin hacer alarde de su valor; uno de sus oficiales, el capitán de Hendecourt, había sido muerto á su lado y no lejos de él habían caído heridas muchas personas. Se ha afirmado que el príncipe iba en busca de la muerte; baste decir que nada hizo para evitarla.

Cuando después de un corto descanso había querido Napoleón volver al combate, la aglomeración le impidió, según se asegura, salir de la plaza; por otra parte, otra preocupación embargaba al soberano: en el campo de batalla no era más que un soldado; pero si la fortuna, resueltamente adversa, obligaba á discutir decisiones que el día antes habrían sido rechazadas como impías; si el ejército se veía obligado no sólo á sufrir la derrota, sino además á soportar hasta el fin la ley del vencedor; si por una crueldad inaudita de la suerte el desenlace había de tomar el nombre de capitulación,

quizás el emperador, recobrando una sombra de poder ó á lo menos de consideración personal, lograría suavizar las supremas humillaciones. Dos veces había sido Guillermo el huésped festejado por Napoleón, y entre el castillo de Compiègne y el palacio de Postdam habíanse cruzado efusivos telegramas llenos de promesas de amistad; y siendo esto así, ¿era absolutamente quimérico creer, esperar, suponer que esas simpatías, esos recuerdos no olvidados por ninguno de los dos príncipes, revivirían en la grandeza extraordinaria del uno y en el trágico infortunio del otro?

A medida que las noticias del combate disipaban nuestras esperanzas, aquellas ideas se grababan en el alma del soberano. Poco accesible al miedo por lo que á él personalmente se refería, llegado á ese punto de la desventura en que la muerte es más clemente de lo que pueda serlo la vida, desolábase pensando en la sangre derramada, y su buen sentido, porque aquel espíritu, fatalmente quimérico, era á intervalos en extremo perspicaz, le hacía ver la inutilidad de obstinarse más tiempo contra el destino. En esta situación de ánimo, á la una tomó sobre sí la responsabilidad de hacer izar en lo alto de la ciudadela la bandera blanca; en aquel momento la batalla era encarnizada y el emblema desplegado no detuvo á los combatientes, en vista de lo cual fué arriado al poco rato.

La historia ofrece sorprendentes contrastes. Todo lo que en el emperador era abandono resignado, en Wimpffen se transformaba en rebelión del patriotismo y del orgullo, en increíble persistencia de ilusiones. El comandante en jefe no confiaba ya en arrojar al enemigo al Mosa, pero impresionado por la extenuación de ciertos batallones bávaros y sin calcular que detrás de estos cuerpos había poderosas reservas, obstinábase en la esperanza de abrirse paso hacia Carignán. A la una y cuarto envió al emperador un billete concebido en los siguientes términos: «Señor, me decido á forzar la línea que hay delante del general Lebrun y del general Ducrot antes que caer prisionero en Sedán. Venga Vuestra Majestad á ponerse en medio de sus tropas, que tendrán á gran honor abrirle camino.» Al mismo tiempo envió Wimpffen uno de sus oficiales, el teniente Laizer, á Ducrot, y otro, el capitán d'Ollone, á Douay, ordenando al primero que apoyara el movimiento y al segundo que protegiera la retirada.

Douay, lejos de poder proteger nada, difícilmente podría salvar los restos de sus fuerzas. El capitán d'Ollone buscó largo rato sin encontrarlo al comandante del 7.º cuerpo y por el camino se cruzó con soldados desbandados, con caballos sin jinetes, señales todas de la derrota; y cuando al fin dió con Douay, éste le respondió lo que ya podía esperarse: «Mis tropas están en completo desorden; lo más que puedo hacer es retirarlas del campo de batalla.» Ducrot, á quien aún más trabajo costó á Lazier encontrar, manifestó análogo desaliento: «He hecho lo que he podido; ya nada tengo y nada puedo ya.» En el entretanto, el emperador acababa de recibir la carta de Wimpffen que le había llevado el capitán de Saint-Haouen; había sido escrita con lápiz y con febril premura y el soberano no pudo al pronto descifrarla. Uno de los personajes de su séquito cogió el papel y consiguió leerlo; y después de un conciliábullo que celebraron el monarca y sus familiares, fué llama-

mado al cabo de media hora el Sr. de Saint-Haouen, á quien se manifestó que la brecha se consideraba impracticable y que sólo conduciría á un sacrificio inútil de muchos miles de hombres (1). En cuanto cabe precisar las horas, puede decirse que entonces fué cuando se mandó nuevamente enarbolar la bandera blanca.

Wimpffen esperaba impaciente contando los minutos. Si sus ilusiones eran ténaces, su valor era fogoso; así es que, al ver que no regresaba ninguno de sus oficiales, resolvió hacer avanzar las escasas tropas de que disponía, lanzándose en dirección á Balán con la infantería de marina, algunos batallones de línea y unos cuantos destacamentos de zuavos, á los que se juntaron por el camino varios soldados sueltos que estaban emboscados detrás de los setos ó escondidos en las sinuosidades del terreno. Los bávaros, extenuados por tan largo combate, retrocedieron un poco y nuestros tiradores avanzaron de casa en casa y de cercado en cercado. Wimpffen, dominado por su optimismo, afirmóse en sus esperanzas; pero, desgraciadamente, aquella victoria fué una victoria fugaz, engañadora. En efecto, detrás de los bávaros estaba el IV.º cuerpo y á la derecha estaban los sajones, fuerzas imponentes que habían de hacer imposible todo avance formal por la carretera de Carignán.

Mientras estas tentativas se realizaban, Sedán se llenaba de fugitivos: eran las dos y media, las tres á lo sumo, hora en que la pérdida de la meseta, destruyendo nuestras últimas probabilidades favorables, arrojaba hacia la ciudad la ola de los soldados vencidos, que por todos los caminos corrían desatinados, procedentes de Gaulier, de Cazal, del bosque de la Garenne, del *Vieux-Camp*, y al llegar á la plaza se empujaban al pie de las murallas y se estrujaban en las puertas, tan pronto abiertas como cerradas en virtud de órdenes contradictorias. El mismo torbellino que arrastraba á los soldados arrastraba también á los jefes: cerca de la ciudadela, en uno de los fosos de la plaza, la casualidad, soberana única en aquella confusión, reunió á Ducrot, á Douay y á algunos otros generales que celebraron un consejo. Ducrot, pálido de emoción, exclamó: «Sin embargo, no debemos dejarnos coger así;» pero cuando llegó el caso de proponer un medio de salvación, todos se mostraron en extremo perplejos, pues todas las salidas estaban cerradas. «No nos queda más recurso que batirnos como tiradores,» acabó diciendo tristemente Douay. En aquel momento, un oficial de órdenes exclamó: «Han izado la bandera blanca. ¿Será la bandera de parlamento?—No es posible, replicó Ducrot; más bien será una bandera de ambulancia cuya cruz roja ha sido borrada por la lluvia.» Aquellos hombres valientes, desconcertados por la terrible magnitud de las conjeturas, buscaban instintivamente quién les dirigiera, y como el emperador, aunque despojado de sus atribuciones de mando, todavía representaba á sus ojos la autoridad suprema, resolvieron avistarse con él.

Por una poterna llena de heridos penetraron en la ciudad, por cuyas calles apenas podía transitarse, tan llenas estaban de restos de la derrota, así es que emplearon largo rato en recorrer el cortísimo camino que conducía á la subprefectura. Entre los grupos circulaba

una noticia extraña, extraordinaria, inaudita, la de que Bazaine se aproximaba; y, cosa más extraña aún que la noticia misma, aquel rumor encontraba gente crédula que lo aceptaba como bueno.

Douay fué el primero en llegar y ser recibido por el emperador; pero después de haber expuesto la situación, que no tenía remedio, se retiró á fin de reconocer en las inmediaciones de la plaza los progresos del enemigo. Después de él llegó Ducrot y el monarca al verle no pudo menos de exclamar, recordando lo pasado y todas las advertencias que el general le había hecho: «¡Qué mal hice en no escucharos!» Y añadió: «La retirada á Mezieres habría sido el único medio de salvación.» Hubo un momento de silencio, hasta que el soberano, oyendo fuera los estampidos de las granadas, dijo: «¿Por qué continúa el cañoneo? He mandado izar la bandera blanca.» Y como si esperara una aprobación, siguió diciendo: «Quisiera tener una entrevista con el rey de Prusia; espero obtener condiciones ventajosas.—No cuento mucho con la generosidad de nuestros adversarios,» replicó Ducrot moviendo la cabeza. Y luego, mal resignado aún á la idea de capitular, aventuró estas palabras: «Por la noche podríamos intentar una salida;» á lo que el emperador contestó: «No tenemos ninguna probabilidad de salvarnos.» El cañoneo continuaba cada vez más terrible, y habiendo estallado una granada en el patio de la subprefectura, el soberano exclamó: «Es absolutamente preciso que cese el fuego.» Después, indicando á Ducrot una mesa, le dijo: «Escribid,» y le dictó lo siguiente: «Habiéndose izado la bandera de parlamento, van á entablarse negociaciones con el enemigo; el fuego debe cesar en toda la línea.» Cuando Napoleón hubo terminado, el general dejó la pluma. «Ahora firmad,» le dijo el monarca. «¡Oh, no, señor!, no puedo firmar; el comandante en jefe es Wimpffen.—Es verdad, pero no sé dónde está Wimpffen.—Pues haced firmar al general Faure, jefe de Estado mayor, ó al general de división más antiguo, que es Douay.» El emperador aprobó la indicación y Ducrot salió llevándose la orden y se puso á buscar quien quisiera poner en ella su nombre.

En aquel momento entraba Lebrun en la subprefectura. Lo mismo que había dicho á Ducrot dijo el emperador al comandante del 12.º cuerpo, repitiendo con insistencia impaciente y casi enfermiza: «Es preciso mandar cesar el fuego; es preciso mandar cesar el fuego. Demasiada sangre se ha derramado ya.» Después mostróse extrañado, algo cándidamente, de que la bandera izada en lo alto de la ciudadela no hubiese tenido la virtud de suspender inmediatamente las hostilidades. «Señor, observó Lebrun, para que las hostilidades se suspendan es menester enviar al enemigo un parlamentario, es decir, un oficial precedido de un corneta y de un guión blanco y portador de una petición de armisticio firmada por el comandante en jefe.» Redactóse la petición de armisticio, y Lebrun, cogiendo el documento, se retiró y fué, como Ducrot, en busca de un hombre de valor suficiente para firmarlo (2).

Aquel valor había de ser el más difícil de todos, y nadie quería asumir la abrumadora responsabilidad. Ducrot confió la orden imperial á un jefe de Estado

(1) Relato del capitán de Saint-Haouen (*Revue historique*, noviembre-diciembre 1884).

(2) Lebrun, *Bazeilles, Sedan*, pág. 132.